

Frente al minuto

L. Gómez

Frente al minuto – L. Gómez

A Mercedes H. V

Prólogo

El ejercicio de las letras, decía Borges, tantas veces me pregunté ¿que es?
¿Quién lo raciona? Y si servirá para algo en la vida que no sea calmar una voz que habla y dicta sin cesar más allá de uno...

Dentro del poder de la palabra, hay uno, creo yo, el más inexplicable y apasionante: El de la poesía, pasaje eterno que convierte la trivialidad en tributos blancos y fuertes como torres.

Se pierde y se encuentra en este libro más que sólo poesía, anda por los rincones dándose de callada una inteligencia que es primordial entre las personas y la que es sagaz y hasta diría yo punzante y aun así, predomina una delicadeza y prolijidad digna de los buenos poetas.

No hay bordes agrios como la de los llamados “poetas malditos”, es resuelta y dada, que trata al ser amado con silencios, complicidad y exquisitez, guardando un erotismo plácido y enérgico.

No deja de acariciar incansablemente y también dar un vuelco para mostrar el lado intimista y

fuerte de su interior, cuando la rima por otro se disipa y es cortada por lapsos abiertos a una poesía de “revelar” de un *Yo* con la boca hambrienta y pronta a devorar la intimidad y mostrarla disfrazada o no, conspirando a favor y en contra del autor.

...A un dolor gratuito
me abandono
con el rostro de la herida
que repite
qué puedo preguntar
siempre en el mismo sitio....

A las palabras más palabras y a estas sin cesar el poder de expresar cuanto se le antoje al poeta sea en planos de vividos sentimientos o de imaginadas rimas vueltas mujeres y volver a cada cosa simple, como un olivo, una rosa o una calle, algo esencial.

Erika Madrid

Aquellos que no me conocen

Mi soledad empieza
cuando, rodeado de gente,
aquellos que no me conocen
hacen de mí el hijo
de un dios menor,
se frotan las manos,
tocan mi hombro con desdén,
y en sus "altas sabidurías"
acaban siempre las frases
justo con lo que no quiero decir.

Por los jazmines de Granada

Después volví muchas veces,
riendo y sin saber qué hacer;
nunca hubo una celebración
ni nombré a ella mi tristeza;

y qué burla se me adueñaba
de las entrañas y la sangre,
hasta por las carnes y los cosidos.

Pero yo, tibio, iba y venía
por los pasillos que desataron
tan a menudo los instintos.

Cómo sentirme vivo sin amarla,
la forma de buscar su rostro
en todas las inclinaciones;
yo volví más veces todavía.

Tensarme al roce inquieto,
sus blancas y pequeñas manos,
la justa palabra al momento
certero para ser pronunciada.

Aquí, en la orilla de los años,
tengo por oficio
recordar sus pechos niños,
su boca niña, su niña cintura,
y tras sus murallas

esa mujer que templó mi tiempo
por los jazmines de Granada.

Burbujas de fuego

Febril minuto, fuerte impulso,
el ánimo de desnudar la gasa
que pegada a tus pechos los besa
con el acorde de una realidad,
y hasta que tengan un pasado,
dejar las manos, la boca
acostada en la carne,
aplicarme al amor por ti cedido,
tu cuerpo, adornada claridad,
decirte que así te quiero, fluida,
límpida, capitana aérea,
golpear la pasión de tu gemido,
animal inmediato que después
se refugia en burbujas de fuego.

Me siento vivo

No me siento vivo
porque tal vez respire,
sino porque me acelero
y a veces callo,
acaso por saber que si recorro
la calle, cuando llegue a la esquina,
el mismo aire
que siempre me golpea,
me va a tratar como a un extraño
abriendo un abanico
de personalidades,
iniciando, sólo para mí,
una batalla de dudas, de vida.

Amor en pena

Es amor, mujer,
esta exacta arquitectura
que la tarde me está ofreciendo,
la geometría de continuarte,
esta fiebre de minuto y favor;
ahora que ya separamos los cuerpos
que hace un rato en tanto esculpimos;
este ir y venir peligroso
es amor, mujer,
lo que no quiere oír el llanto
que antes fue gemido,
el silencio que en torno
a nosotros alzó la hierba;
este fluir de sangre espesa
es amor, mujer,
pero es amor en pena;
llegará la despedida;
mañana habrás olvidado
y acaso yo también olvide
este paño de cielo torcido
que nos arropó las ganas;
volveremos a ser aquellos
que ya todos conocen,
aunque cuando te mire
y tu me mires a la vez,
sepa que ese hilo de sonrisa
tiene sabor a campo abierto,
a umbral y caricia,

a secreto, a tarde.

Eres tú de verdad

Saber que eres tú de verdad,
ciertamente extensa
como un linaje en alza
¿quién me dirá que no te vi?
aquella tarde y luego siempre
por otras rosas y otras manos,
interrumpiéndome
con la fuerza de tu recuerdo,
sombra que descubre la hondura,
yo, que fui aire por los rincones
de tu cuerpo en llamarada,
y en las horas bajaba palabras
al papel de mi voz muerta,
puente de la soledad hoy.
Lunas de espanto rielan
en la luz de la farola,
onda sobre ondas mansas,
acércame el fruto -sueño-
aguas verdes, suaves nalgas,
chispa que me prende las carnes
-sigo con esa maldita bendición-
¿quién me dirá que no te vi?
aquella tarde y luego siempre,
y luego siempre,
y luego siempre.

Sin permiso

Entraré en ti sin pedir permiso;
procúrame tinieblas
cuando roce el pubis,
coronación inmediata
del origen agresivo,
súbito como un pájaro del aire.
Tener la bendición, la luz
de una noche clara y abierta,
habitarte,
desgranar el primer gemido,
el arco que me cedés
como arpas de tiempo
¡qué certera osadía!
¡qué boca, qué ceja me inclinas
elevando a la dicha derramada!
Acariciar tu rostro
como un día de mayo,
y con valor,
mirarte profundamente,
notar que me invitas
al vértigo de una muerte alta,
de un vientre que busca serenarse,
de una mujer
que hasta ayer no eras.

Tu cuerpo es una guerra

Lo reconozco, soy tu enemigo,
pero tú reconoce
que tu cuerpo es una guerra.
Llega la noche y liberas
tus ofensivas,
las manos como arcos de gloria,
los centros de los pechos
olvidando sus pausas,
el centinela del vientre
y el incendio en mitad de todo,
ángel de fuego
que me subyuga
de batalla en batalla.

Cuando el día amenace con repetirse

Cuando el día amenace con repetirse
y olvide la hoja que en azul avanzaba,
cuando lo obvio pierda su reverencia
¿qué miraré, verde nacido, al abismo?

Cuando pierda la sonrisa y desmonte
el porvenir, que ya perdió sus frutos,
y la niebla me crezca y me embosque
¿qué haré si de repente doy conmigo?

Aquí, conmovido, exhalo y contengo
para cuando no quede a qué respirar,
no quede cuerpo al que serle fiel,
ni zapatos que sirvan a mis suelos.

Balanceo joven, no tiempo del hombre,
porque ya murieron los reyes a seguir,
y aquellos dicen que todo está escrito,
no saben que si no escribo no sabré.

Sesenta

Suena el agua y hay sal
en las arpas;
un miedo suave,
qué hora bella.

Qué hora y qué fruta,
qué paño cubre el día,
el propósito está atento,
y qué hora más bella.

Parece la hora
navíos de tiempo,
una severidad alzada,
un patio de rosas.

Y larga es una mirada
con ahínco,
un ofuscado gavián,
un minuto no buscado.

Sesenta bailes,
sesenta balcones blancos,
sesenta veces sesenta
y entonces qué sé yo qué.

Una manzana roja.
Un ladeo a la vida.
Girar al compás de la tierra

y caernos porque es redonda.

Disolvemos en su recta avaricia,
esa línea que avanza al hombre
que cuánto más sabe
más ignorante se halla.

En su batalla tímida
la hora no conoce pausa
es un mar inhóspito,
es una juventud olvidada.

Sólo ser

Ser nube, duna, sólo ser.
Y serlo más allá de lo simple,
como el pájaro se abre al cielo,
sin turbios que van y vienen.
Descansar en la isla
de los desconocidos
y ser fiel a la patria que dejo,
sin mirar hacia atrás la ciudad
de imposibles columnas.
Dejar fluir este tiempo que queda
en el viento que mueve
horas y polvo.
Sólo ser
sin más visita que esto que dejo.
Asentarme en lo cotidiano,
un poco de sol, pan y lo preciso
para no perderme de vista.

Mar azul; soledad recta

De todas las ocupaciones,
nada me llena más el tiempo
que entrelazar en vano
un mar que se fatiga.

Caminar en la noche
por su oscuridad impenetrable
y verme a lo lejos
arañando la orilla.

Allí, fuera de todos,
uno con las uñas
ricos montones, pájaros
abiertos y alados.

Ofreciéndome el viento
vaivenes de dulces sentidos,
busco en las olas
la contrariedad de las cosas.

Beso sereno mi frente
preguntándome
por qué el mar es tan azul
y en cambio la soledad tan recta.

El canto del muslo

El canto de un muslo certero,
blanco pero verde como la vida,
crece al movimiento del aire
y oscuro se hace en otro acorde.

Delicia secreta, arpa de tiempo.
Al sabroso compás, las manos
dedicadas, desde las mismas yemas,
socorren el indiscreto trance.

Saber qué, quién por su dicha bailan
esos minutos solitarios,
emulsión de serios desdenes,
ese triunfo sin coronas.

Estalla, por el roce inexorable,
cálida noria en un conjunto
de silencios y de palabras,
murmullos que se pierden y no.

El verso con que despedirme

Si de repente me tumbara
una muerte súbita
y al cabo de unos instantes
inesperadamente abriera los ojos,
diría que nada sucede,
que aún trato de rescatar
aquellas tardes de marzo
y el aroma de mis calles;
diría que volví por vosotros
que habitáis tras los muros
de frecuentes luces quietas.
Pero la verdad es que diría
que volví para buscar
el verso con que despedirme.

La medida de mi tiempo

La medida de mi tiempo,
quiero decir,
ese tiempo básico
que se agolpa y sucede
entre respirar y no respirar,
tú lo marcas.

Si al despertarme pienso en ti,
por ti me pasa el día luego;
si al despertarme no pienso en ti,
el día me encuentra disputando
la memoria y la no memoria,
esperando verte golpear
de repente una luz en la esquina.

Al final,
siempre acabo hablando
en una soledad recta
con tu voz, poesía.

El dolor

El dolor es este ligerísimo
sabor a ceniza que ya me conozco,
estas urgencias,
este sí pero no en mí
con el rostro de un cataclismo.

Tierra tumba

¿Cómo se quejará el muerto
que quiere volver?
¿Qué fatuo clarín?
¿quién le tomará juramento
a su licencia desencantada?
Quizás seamos restos
de otros que antes fuimos,
y la lluvia nos lanza
de nuevo a que la vida
se nos instale,
venga el sol luego
a levantarnos de la tierra tumba,
y así en un ciclo
de inciertos.

Frente al minuto

Cuando el día sea un todo azul.
Y el aire un sol en el pecho.

Cuando la nostalgia agache
sus prisiones y venenos.

Cuando decir -basta- sea en vano,
un golpe de cenizas en los huesos

y derrumbe mis batallas
de carne, de alma y verso.

Cuando sea un canto la incertidumbre
y se tiñan las aceras de cielo,

y los amos se tomen un respiro,
y aflojen las sogas del cuello,

y ladren los gatos sus nocturnos
y maúllen a la luna los perros.

Cuando pueda pronunciar tu nombre
sin dejar el sonido dentro,

y al rielar de las tardes
nos hagamos fuertes y tiernos,

Frente al minuto – L. Gómez

cuando pueda coger tu mano
sin que me cause dolor el tiempo,

y frente al minuto rasgado
no me sienta tan ajeno

como una barca varada
a sentarme en tu recuerdo;

sé, entonces, soñarás conmigo
como el sueño que por ti tengo,

a medio camino entre lo posible,
y tu beso.

Se vino a vivir la soledad

Avísame cuando notes que se derrumba
lo que ya no sirvió al menos por un tiempo,
si de pronto te golpea el grado de mi ausencia
y simplemente quieras volver conmigo.

No hallarás en mis ojos pregunta alguna.
No olerás en mi cuerpo suplencia de ti.
Aunque ahora sea otro nada ha cambiado,
el recuerdo sigue crujiendo por tus calles.

Sí, he estado en otros brazos cálidos,
en otra boca que serenó el afán por la tuya
y paseó de mi mano por la orilla del mar.

Sí, he estado con la rapidez del verano,
visceral, sometido a un silencio de altura;
cuando te fuiste se vino a vivir la soledad.

Entra, luz

Entra, azul, luz al alma,
y despierta en el pecho
luciérnagas mañanas.

Brillante, nunca mansa.
Entra como el viento
se hace aire por la casa.

Anida en mí, luz del alba,
atraviesa los tejados
de cien nubes blancas.

¡Ay, claridad temprana!
más fuerte y tan viva
que de repente estallas.

Entra nítida y cercana,
brilla en los cabellos
negros de las muchachas.

Alegra tu oficio en la playa,
recta y torcida
al aceite y las toallas.

Luz del papel entallada,
haz bermejós crisoles
y entra fiera a la palabra.

Frente al minuto – L. Gómez

Pasa como la vida pasa,
con el franco testimonio
de una noche clara.

Y luego vete callada
a encender otros días
ilusa y enamorada.



El río

Este río se me quiere enamorar,
ah, muchacho de memoria ligera,
arma límpida, más rápido y fugaz,
hincar en el delta su bandera.

Pero el río sólo entiende de agua,
mirar de reajo a junco y ribera
¿qué fruta?, ¿qué mendigo al alba?
El río nunca será como quisiera.

Baja la noche su luna al río,
en arpa y lirios de blanca pena,
un cantar de manso, hueso frío
que bajo su rostro taconeá.

Y suenan los altos álamos y finos
la canción al minuto de su huella,
no sabe que sin saber llora el río
porque nunca será como quisiera.

Bañó la encina y suplicó al olivo,
nanita, nana de cumbre y aldea,
nana nanita que se va y se vino,
muchacho, río de memoria ligera.

Fogosa criatura

Delatarme bajo tu balcón
con incendios en el cuerpo
¡oh, fogosa criatura!
¿qué me diste de repente?
Buscar el vientre, la noche
conquistada por las horas del día,
azabache, luz cegadora
¡qué muerte casi pronunciada!
Aunque supiera tu brevedad,
mi tiempo por ti perdido,
la batalla que en tu boca
dejó el pecho sin murmullo,
el adiós que no dejó lágrimas.

Han vuelto

Han vuelto las caricias
a la luna que se ofrece
con la rapidez de otra;
tú no eres de nadie,
vas y vienes por mis horas,
envías tus avanzadas ágiles
y brota en mí la palabra
¿de dónde llegas, mía?
¿dejaste cuevas despobladas?
¿te habló de mí el viento?
¿otra vez?
Abrí ventanas en mi frente
cuando te fuiste
quién sabe dónde,
golpeando el cómo y el por qué,
la duda y la certeza en este muerto.
Pero vuelves con fulgor
a levantar mis cenizas,
mi ligero sabor a vacío,
con la paz de una montaña,
y en la boca
el nombre que más me gusta:
poesía.

Orilla inmediata

Allí los cuerpos sufren el mar desnudo,
el frenesí, el deseo entonces levantado,
la amenaza de un cielo en otro lugar
y buscar otro labio para completarlo.

La blanca espuma, la orilla inmediata.
No confundas el amor que se entrega
por la conquista del día en la noche,
la rama verde de esa levedad, apenas.

Aunque ese minuto apague la memoria
y buscando la copa te suba a la estrella;
hay silencios después de tocar el gemido
que van a una muerte como la verdadera.

La sangre enardecida inicia el apetito
a veces por la casualidad encontrado,
que dura lo que un beso en un guiño
por la amable caída del párpado.

Cita con el mar

¿Quién me concertará
una entrevista con el mar?
Qué muerte de cuerpo joven.
Qué estrechas redes
se derraman en la playa.

¿Qué mujer me divertirá las olas?
A la sombra de mi pecho adolescente,
de mi mano con intención
¿qué otra mano amansará este ímpetu?

Aquí, sentado a la orilla
de la playa inmóvil,
azul,
busco su idea para hacer con ella
ideas mías.

Luego, cuando las dunas se cierren
al claro nocturno
y salga el poeta a vendimiar,
¿quién cogerá mi testigo difícil?

¿Querrá alguien saber
qué hablaba Luis con el mar?
Qué beso escondido tras las cañas.
Qué desamparo de tiempo perdido.
Qué nunca pensar en ese naufragio.

Sombra ensordecida

Habito la sombra ensordecida
todavía en la luz que se apaga,
lo sé por su dibujo imperfecto;
sepan que entiendo de silencios.

A veces me sorprendo tumbado
sobre vírgenes céspedes, rojos,
buscando mi intención, los labios,
la hombría indicada y atenta.

Me desligo de esa clara invasión.
Prefiero el río ligerísimo
que a cada poco cambia su nombre;
prefiero el agua que la piedra penetra.

La tibia dulzura prefiero.
Trémula, garganta perforada,
noria que avanza a otros trasiegos,
uno, siete, cuatro, uno, doce.

Por ese orden. Infinitamente así.
Esa gracia que la sonrisa leve
a la vez de decir dicha se despide;
entonces vuelvo a la tapia o la pared,

al prado de angustia que me amansa
pero me enamora,

a estos muros de rápidas coronaciones,
a esta ausencia que es siempre de ti.

Si pudiera regresar en el tiempo

Si pudiera atrapar el tiempo
volvería a tus calles, Granada,
a los límpidos movimientos
que dejaron besos de Alhambra.

Volvería a ti, sin duda, amor,
a tus manos, negros cabellos,
a tu risa, muchacha, al calor
que después arrima el cuerpo.

A ti, amor, sin duda, frenético,
al plácido aroma de tu vientre
y al arrullo manso del viento
que llega amenazando muerte.

Ah, oscuras ventanas y callejas,
infame huésped de claro gemido,
de puntillas, dejar la tarde fuera
por el placer de lo conseguido.

A tu costado en oro y fiesta,
alarde estandarte de tus ojos;
si pudiera, señor, si yo pudiera
entrebir el sueño de mi antojo.

Se hizo doblada rama la vida
y el sentir un quebranto mortal,

en el centro de las piernas, torcida,
orilla de un cálido batallar.

Vendrá de visita, sombra infernal,
a bajarme de la penosa existencia,
pero de carmín, la dama no sabrá,
que viví sin ti una vida muerta.

Huidizo, al cielo que agoniza,
teniendo por cielo, azul, el mar,
regresar a las horas vividas
y no volver del regreso jamás.

Si pudiera atrapar el tiempo,
señor, si pudiera, si yo pudiera,
iría, arrojado como un guerrero,
a estar contigo hasta que muera.

Globos de versos

Es más fuerte el impulso inconsciente,
pensar en ti, así, y sin querer hacerlo,
acumular a ciegas mi poca suerte,
el triste que me abarca tu pensamiento.

Me atacas en plena calle o durmiendo,
abierto en canal donde la sangre yergue,
y aunque bien te recibe ese momento,
después de pensarte algo se muere.

De ángel o diablo, tu cielo constantemente,
martillea febril el fugado como el preso,
me lanza tu mirada que va perdidamente
a la luz carcelera que me atrapa el pecho.

Por no tenerte de mí camino ausente,
y sin pisar la tierra, levitando y ligero,
hago globos con la locura en mi frente,
los lleno de versos y los echo al viento.

Besa. Beso

Besa. Beso.
Muerde esta boca
que te ofrezco. Que se ofrece.
Labio. Lengua.
Impactos, chasquidos,
música en la fiebre
que se instala.
Tiembla en el canto
desde la sangre. Temblemos.
Guerrea. Guerrea, criatura.
Muerde, besa mi beso.
Yo buscaré la delicia,
el cielo hundido en tu boca
de jazmín y mediodía.
Lanzas de bruma se agolpan,
entrebren y callan. Ven.
Besa. Muerde. Beso.

Muerte en Granada

Se me hunde el ayer en las carnes
saltando por tablas la distancia,
los años en la espalda son pesados,
yo que bebí de la fuente más vasta.

Se muere el amor de los sentidos,
no hay excusa ni tiempo a negarlo,
pasión que estalla, cielo enfermizo,
estar con ella más allá de estarlo.

Recuerdos que rielaron en Granada
la conquista de sus callejas inciertas,
¡Ah, qué rústica belleza en desvelo!
los umbrales de la cumbre abierta.

Otoño, hojas que a mi paso crujían,
girarme a la luz y sentir a mi lado,
la nieve coronando en la lejanía,
que despertaba por estar conmigo,

Ella, que serenaba entre mis manos
la candela tras el abrazo íntimo,
su símbolo, no sólo de pura claridad,
también de entender el anhelo gemido,

la tercera persona que de ambos nacía
y el silencio en la ventana por su brillo.

Frente al minuto – L. Gómez

La lluvia, el umbrío me hace llorar.
Tocamos el alma y con alma volamos

nardos, los palacetes de La Alhambra;
querer estar con ella más allá de estarlo.
Brutal me ha despertado un sol rojo
vertiendo sangre por la ausencia;
era el ayer que me hería de muerte,
yo, que he vivido muerto sin ella.

Quiero volar _me dijo_
incliné una ceja
y ella abrió sus alas.

Alquilando noches

Quién me dirá,
que aquella tarde de septiembre,
no arrojó fuego del cielo,
espolvoreó blancos panes
y nubes rojas,
farolillos y manos luego;
quién me dirá
que no anduve alquilando
noches a la madre luna.

Nada me es más vacío

Nada me es más vacío
que este vagar terreno,
lágrima de parque y noche.

Besar unos labios,
morder, ralentizar
la despedida de esa unión.

Vivir, saber ese cinismo
de día siempre inconcluso,
olvidar el pie retrasado.

Ver que la luna agoniza
y luego se alza, madre
blanca ¿de quién eres hija?

Sentir que todo no se logra,
aquel labio que completó
con fuerza mi boca.

Abierto a la palabra

A veces la tarde me aquieta
la hora de siesta rodeado
de tréboles y dudas,
serenidad en el romero
bajo mis árboles.

Otras veces, las más,
me golpea entre pateras
y maravillosa espuma,
duna en granuloso cortejo.

Pero, en el campo
como en la ría, la tarde,
siempre me encuentra
abierto a la palabra.

Qué será decir poeta

Si a la orilla de su alma abierta
todo grita a la vez que todo calla
¿qué será decir poeta?
pupila niña, alta y desvencijada.

Papel de verso en diadema,
requiérele tu calor a este frío,
y haz una candela con palabras
al regazo del mar y sus rugidos.

Calla, calla que la noche entra
su esplendor de negro farolillo,
dejará, rizados en la ventana,
ramos frondosos y amarillos.

Luz que en la farola navega
por la unión de la rosa y el lirio,
sabe, el poeta, que mañana
volará con el fuego que vino.

Crecer con el gesto que se deja,
faro hacedor de luz al navío,
manos blancas, ya serenadas
en la sombra de lo que fue brío.

Admirar, y nunca hacia fuera,
lo bello que dentro se hace brillo,
cantar al amor, ardiente a la patria,

Frente al minuto – L. Gómez

como la vara al sedal y al olivo.

Sembrador de lunas y estelas,
que, incauto, alaba en lo vivido,
la creciente soledad de su sábana
hallada en sus años perdidos.

Si a la orilla de mi alma abierta,
se expande el pecho y desgrana
¿qué será decir poeta
si con ello me quedo sin palabras?

Cuando te inclinas

Quisiera que estuvieras
aquí conmigo,
leyendo a la vez que avanzo
esto que estoy escribiendo
como un sueño arriesgado,
tener tu boca haciéndome
paños de viento en los cabellos,
tu opinión más válida
en la punta de la lengua,
y esa diagonal perfecta
que luego guarda en frascos
la sombra cuando te inclinas.

Luna y rama caída

Algo terrible sucede
en su rostro de todas las ausencias,
de luna y rama caída
¿pero quién es este que habita
en mi cuerpo
con el olvido de los enterradores?

Este que en la clara luz
de las carnes vive temblando
intacto y silencioso
como un sol antiguo,
figura de calor rodeada de tiempo,
a ratos como una broma
con el grosor
de una brizna de hierba.

Este yo sí. Este yo no
dividido que me da la mano
de lejos siempre, siempre de lejos
¡ay, quién diría que es él
quien advierte los túteres
en mi cabeza! sin pausas,
el que me ama tanto
que cuando muera
morirá conmigo.